



El Viático, plenitud de la salud

Cardenal Lozano Barragán

El Papa Benedicto XVI, en una de sus primeras orientaciones, nos ha recomendado no olvidar el concilio Vaticano II, ya que su riqueza es tan grande que de ninguna manera podemos considerarla agotada.

Este simposio sobre el Viático brota de una necesidad de reflexionar más a fondo, en el Consejo pontificio para la pastoral de la salud, sobre lo que le imprime su forma específica, porque nos ofrece el *princeps analogatum* de la salud, y la meta hacia la que se dirige todo nuestro esfuerzo pastoral. Constituye un magnífico marco para reflexionar en lo que se nos ofrece en este Año de la Eucaristía que estamos celebrando, y para el cual presentamos este modesto estudio, como una pequeña contribución.

Refiriéndome a la recomendación de nuestro Sumo Pontífice, deseo partir de tres párrafos tomados de dos constituciones del concilio Vaticano II: la *Lumen gentium* y la *Sacrosanctum Concilium*.

Sobre el sacramento de la unción de los enfermos, la constitución dogmática sobre la Iglesia nos dice: "Con la sagrada unción de los enfermos y la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve (cf. *St* 5, 14-16). Incluso los anima a unirse libremente a la pasión y muerte de Cristo (cf. *Rm* 8, 17; *Col* 1, 24; *2 Tm* 2, 11-12; *1 P* 4, 13) y a contribuir, así, al bien del pueblo de Dios" (n. 11).

Más adelante, en el mismo número, la constitución afirma: "Al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella. (...) Muestran de manera concreta la unidad del pueblo de Dios, que este santísimo Sacramento (...) realiza tan maravillosamente" (*ib.*).

La constitución sobre la sagrada liturgia dice: "Y el mismo Apóstol nos enseña a llevar siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (cf. *2 Co* 4, 10-11). Por eso, pedimos al Señor en el sacrificio de la misa que, "recibida la ofrenda de la víctima espiritual", haga de nosotros mismos "una ofrenda eterna para sí" (*Misal Romano, Secreta del lunes de la octava de Pentecostés*)" (*Sacrosanctum Concilium*, 12). En las siguientes reflexiones partimos de la contemporaneidad que el mandato del Señor: "Haced esto en conmemoración mía" conlleva en el Viático precisamente con la hora de nuestra

muerte. En cada Eucaristía nuestro tiempo concreto y el de todos los siglos se insertan en el acontecimiento cumbre de la historia, en el que todo culmina: la Cena pascual, la muerte y resurrección del Señor, o, para ser más completos, el significado pleno del misterio de la Encarnación en su totalidad, desde el designio eterno del Padre, oculto antes de todos los siglos, hasta la presencia eterna actual de Cristo a la diestra del Padre.

Siguiendo este hilo conductor, expondré brevemente algunas ideas sobre la vida, la comunión y la eternidad, y sobre lo que significa la recepción del Viático.

Vida

El Viático es la culminación de la vida. La Eucaristía es la fuente total de la vida, ya que es la presencia simultánea de todo el misterio de Cristo. Se trata de la nueva creación, de la nueva criatura. En la Eucaristía siempre se participa en la medicina de la inmortalidad; sin embargo, en el Viático, al borde de la muerte, se da la contemporaneidad de la muerte con la plenitud de la vida, se recibe la medicina para vencer la muerte con la irrupción máxima de la vida.

Nuestra muerte es el término último, pero, al contacto con el Viático, deja de ser la meta final para convertirse de túmulo en cuna, en un auténtico nacimiento.

Cristo en la cruz se abandona en manos del Padre y le entrega su Espíritu; y esta entrega de Amor, el Espíritu, es la fuerza con la que el Padre convierte la muerte de Cristo en fuente de vida, y lo resucita.

Nuestro abandono en manos del Padre en el momento final es como un abrazo total, amoroso, en el Espíritu; es un abrazo con los brazos de Cristo clavados en la cruz; y con Cristo, en el Viático, nuestro abrazo mortal se convierte en la especial inmortalidad de la resurrección. Cristo habló de su hora como la hora de su glorificación. Así, en el Viático, Cristo hace que nuestra hora final sea también la hora de nuestra glorificación.

En el Viático nuestra muerte se une a la muerte de Cristo y así completa lo que falta a la pasión de Cristo para la salvación de todo el mundo. El acontecimiento máximo de nuestra existencia llega a esta cumbre cuando nos encontramos en sintonía con Cristo, y con Cristo ofrecemos nuestra vida por la salvación del mundo. Así llegamos a dar un sentido pleno al sufrimiento, a la enfermedad y al dolor, que se aceptan para completar en nuestro cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo, para darles su sentido pleno, propio de nuestra muerte. Se trata de una paradoja por la cual el sufrimiento, la enfermedad y el dolor dejan de ser el cortejo fúnebre que nos acompaña toda la vida, y se convierten en una procesión triunfal de los méritos que por el único verdadero mérito, el de Cristo, nos obtiene la nueva vida imperecedera.

Esta unión entre los precedentes dolorosos que preludian la muerte y la muerte misma con todos los sufrimientos, pero juntamente con la poderosísima muerte de Cristo, constituye la que llamamos Eucaristía como Viático. En definitiva, el Viático nos ofrece la contemporaneidad del conjunto de toda nuestra vida con el conjunto de la vida de Cristo, y nos hace herederos de la verdadera vida eterna.

Comunión

Se habla de la tremenda soledad de la muerte, ya que nadie puede sustituir a nadie y todos debemos morir individualmente. Es verdad, pero para un cristiano, gracias al Viático, esta soledad no es tan terrible como parecería a primera vista.

En la Eucaristía recibida como Viático nos encontramos en plena e íntima unión con Cristo que muere en nuestra muerte, no en las tinieblas del aniquilamiento, sino en la

luminosidad de la resurrección. Esta luminosidad significa la compañía de la Verdad personal de toda la existencia que, vivida en Cristo, lleva consigo el juicio misericordioso y benigno de nuestro Salvador; significa el amor misericordioso del Padre eterno, que vive en el que muere, en virtud de la Eucaristía, y que es el Amor todopoderoso del Espíritu Santo. En el Viático entramos en la comunión trinitaria como en el último peldaño de la subida a la perfección de nuestra existencia terrena, para abrirnos a la perfección máxima del cielo.

En Cristo, cabeza del Cristo total, entramos en la comunión de los santos con la santísima Virgen María, con san José, con todos los santos, con todos los que se encuentran en el estado purgatorio y con todos los cristianos con los que estamos en comunión. Todos nos acompañan en el momento definitivo de la muerte y nos ayudan a realizar el paso fundamental a la felicidad absoluta.

En Cristo, alfa y omega, primogénito del universo, se encuentra virtualmente la creación entera. Y en el momento de la muerte, con la Eucaristía recibida en el Viático, toda la creación espera su redención a través del moribundo. Este es el momento de entrar en la herencia de todo el universo, uniéndose cada uno a Cristo, centro del universo, primogénito de toda la creación. Especialmente en este instante, cada uno participa en este carácter central de Cristo y también él se convierte, en Cristo, en centro del universo y primogénito de toda la creación (cf. *Col 1, 15-20*).

Así, con el Viático, para todo cristiano llega el momento culminante del que habla san Pablo en la carta a los Efesios: el Señor nos ha llamado "dándonos a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra. A él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo" (*Ef 1, 9-12*).

Sólo experimentan la soledad de la muerte los que no tienen fe. En el Viático la fe nos sostiene por la presencia definitiva de Cristo. El Viático es la coronación del triunfo individual, solidario, de comunión, de fraternidad, de amistad, de amor total, de entrega, que consistirá en la felicidad futura. La proporción entre la soledad y la fe en el momento de la muerte es inversa, es decir, cuanto mayor es la fe tanto menor es la soledad, y cuanto mayor es la soledad tanto menor es la fe. Eternidad.

La presencia definitiva de Cristo en las especies eucarísticas nos brinda ya una anticipación de la eternidad. Cristo se presenta como independiente de las condiciones de espacio y tiempo. Su dimensión trasciende cualquier imaginación, siempre condicionada por las medidas materiales. Esta realidad, que se da en todos los actos eucarísticos, se verifica de una manera muy especial al cruzar el umbral de la eternidad con el Viático. Es clásica la definición de eternidad que dio Boecio: "Interminabilis vitae tota simul atque perfecta possessio": interminable, simultánea y perfecta posesión de la vida. En esta definición podemos vislumbrar una huella que nos permite desvelar, balbuciendo, la participación en la vida divina. En efecto, por decirlo así, la frontera entre la divinidad y la creaturalidad es el movimiento. Dios es inmutable; la criatura, mudable. Ciertamente, no se trata sólo de un movimiento cuantitativo, mensurable con las coordenadas de espacio y tiempo, sino de un movimiento esencial que se perfecciona progresivamente.

La inmutabilidad divina no es un estado estático de quietud, carente de dinamismo, sino una plenitud de actividad que significa la omniperfección. Esta omniperfección no es sólo el concepto de "motor inmóvil", sino la plenitud de entrega en la infinita donación de amor que es la santísima Trinidad.

Es un dinamismo que no busca poseer, porque en sí mismo es todo, ya que es donación amorosa sin disminución, recepción amorosa sin incremento: Dios es Amor. No sólo es infinitamente amable, sino también infinitamente amante. Esta inmutabilidad de la alegría perfecta en la entrega amorosa es la auténtica inmutabilidad divina, la misma naturaleza de Dios.

Participar de la naturaleza divina es entrar en esta comunidad llena de amor; es entrar en el círculo trinitario, venciendo la mutabilidad del deseo y del crecimiento progresivo, en la plena satisfacción de la criatura, colmando todas sus capacidades. Esta es la verdadera vida, y así, esta comunión máxima de amor constituye la verdadera salud, que ordinariamente se llama salud eterna.

La Eucaristía realiza esta maravilla. Por eso, Cristo dice: "El que come de este pan, vivirá para siempre. (...) El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. (...) El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí" (*Jn 6, 51. 54-57*). Como sabemos, se trata del pan eucarístico que se nos entrega y de la sangre que se derrama en la cruz (cf. *Lc 22, 14-20*).

El Viático consiste en participar en el Cuerpo de Cristo, que se entrega a la muerte, y en su Sangre, que se derrama en la cruz, para entrar así en la eternidad. La frontera de la mutabilidad de la criatura se supera en la muerte con el Viático. Porque la frontera entre la divinidad y la creaturalidad se cruza a través del puente que es la cruz.

El Viático es Cristo muerto y resucitado, como plenitud de los tiempos de la vida de cada uno de nosotros. Así, la muerte ya no es la oscuridad temida y rechazada, sino el abrazo amoroso que nos identifica con el Señor Jesús. En el Viático nuestra muerte se transforma en plena donación al Padre, a través del amor total del Espíritu, en el Señor Jesús. Esta donación es la suma de todas las donaciones diarias con las que queremos demostrar al Señor Dios nuestra entrega en la vida, porque en esta donación no entregamos algo al Señor, lo entregamos todo; ponemos en las manos de Dios la vida en sí misma, en su totalidad. Entonces comenzaremos a vivir verdaderamente y se resolverá la paradoja de la muerte en la vida.

Conclusión

Enunciamos la paradoja: la plenitud de la salud es la muerte; pero no cualquier muerte, sino sólo la muerte en Cristo y con Cristo, es decir, la muerte vivida íntimamente unida a la muerte de Cristo y, por consiguiente, a su resurrección. La realización de esa muerte es el Viático.

Por eso decíamos, al inicio, que el Viático es lo que especifica plenamente la pastoral de la salud, ya que es el único horizonte válido hacia el cual puede avanzar verdaderamente la salud de la humanidad.

Con el Papa Juan Pablo II se definió la salud como "la tensión hacia la armonía física, psíquica, social y espiritual". El Viático ya no es la tensión hacia la armonía, sino la consecución de la armonía, donde la disonancia de la muerte se transforma en la armonía de la resurrección.

En el Viático el desorden de la muerte se convierte en el máximo orden, la angustia en la máxima serenidad; finalmente, se llega a la anhelada paz al morir, ya que la paz consiste precisamente en esto: "La tranquilidad en el orden".

Conferencia pronunciada por el Cardenal Javier Lozano Barragán en el Simposio sobre "El Viático, plenitud de la salud" celebrado el 21 de junio de 2005